

que, se lo habían descrito sus padres? «¡Rostros hostiles y manos violentas lo apartaron de la secular morada de los suyos?»

«O, por el contrario, feliz, pudo adquirir la casa y vive allí, enredando placidamente sus memorias, mientras el agua, en

la fuente del patio, canta su canción monótona, "la misma" que en las siestas ardientes arrulló el ensueño islámico de sus antepasados?

«¿Quién sabe!»

Hay historias que no deben tener desenlace, y esta es una de ellas.

XXI

EL DEL ESPEJO

Así como las mujeres se sourten a través del espejo, Gabriel había caído, yo no sé cómo, en la manía de verse en el cristal cuando dialogaba consigo mismo.

«¿Qué hombre no habla solo!»

Todo el mundo habla solo. Pero a Gabriel no le bastaba hablar solo, sino que lo hacía frente al espejo.

Parecía que de otra manera, el diálogo no era completo.

Necesitaba un interlocutor, y ese interlocutor era la imagen que el espejo le devolvía, tanto más cuanto que gesticulaba al par que él, y como hacía con los labios los mismos movimientos que Gabriel, hasta le parecía a este que hablaba la imagen.

Fuero, pues, al cabo de poco tiempo, los "yo" no internos, sino externos, sustantivos individualizados: el suyo propio y el de la imagen que le devolvía el espejo.

Cada uno de esos yos mostraba su índole, su carácter, personalísimos.

El *alter ego* que lo íntimo de nuestro espíritu departe con nosotros, que generalmente alardea de una opinión contraria a la nuestra, que nos sume en frecuentes perpeticidades, para Gabriel estaba personificado en la imagen del espejo, de tal modo, que acabó por ver en ella a un sosias antagonista con quien, si hemos de ser francos, le complacía discutir, porque así desahogaba sus iras, vaciaba sus pro-

blemas, se desembarazaba de sus objeciones.

Esta, como todas las costumbres, llegó a ser en Gabriel una segunda naturaleza.

Le hubiera sido imposible examinar, analizar una cosa a solas. Necesitaba partir con su *otro yo*, con su *doble*, con el *caballero aquel* del espejo... que siempre le llevaba la contraria.

Y así cuando en la noche oprimía el botón de la incandescente y se quedaba a oscuras para dormir, era cuando se sentía solo. El *del espejo* no estaba allí, puesto que no había luz.

Debería de dormir también allá, en el fondo misterioso del biselado cristal, con un sueño levísimo de fantasma.

Pero si antes de que Gabriel se durmiese le inundaba en el cerebro alguna idea, alguna preocupación de las que nos trae el insomnio, incapaz de soportarla solo, saltaba de la cama, encendía la luz y se iba al espejo a despertar al *otro*, a discutir con él los "por qué" de su inquietud y de su angustia.

«¿Crees tú—porque lo tuteaba—crees tú—decíale a cada paso, en estas discusiones—crees tú que tengo razón?»

Y el espejo devolvía a Gabriel un encogimiento de hombros. El *otro* se encogía de hombros.

«Eso no es responder!—solía replicar Gabriel, exaltándose poco a poco; y el del espejo iba también exaltándose, has-

ta que ambos manoteaban desesperadamente y gritaban (o cuando menos gritaba uno de ellos) hasta desgajitarse.

La cólera del individuo del espejo, sus ademanes trágicos, su rostro congestionado, encendían más y más las iras de Gabriel, y el que esto escribe no se explica cómo pudieron en tanto tiempo no venir a las manos y abofetearse concienzudamente.

Pero que no lo hicieron lo testificó la integridad del espejo, tranquilo, brillante, profundo, que no mostraba ni la más mínima lesión... ¡hasta el día en que sucedió la gran desgracia!

Los criados sabían que el señorito Gabriel hablaba solo, y como esto nada tiene de raro, dejabanlo en paz. Apenas, si muy de vez en cuando alguno de ellos se asomaba al ojo de la cerradura.

Pero aquella mañana no dejó de inquietarles el diapasón de la voz.

Gabriel decía quién sabe cuántas cosas con estentóreo acento.

La discusión, allá, dentro de la pieza, había llegado a extremos deplorables.

El caballero del espejo empezó, como de costumbre, por encogerse de hombros; luego manoteó, luego... (¡quién lo creyera!), le enseñó los puños a Gabriel.

XXII

EL PLOMO DE LA ENTRANA

Muchos años ha que venden por las calles ciertos pajarrillos de colores, ya bengalíes, ya verdines, ya simples gorriónes, ya tordos o zorzales, que muestran todos esta particularidad peregrina: no vuelan, aun cuando los toquen manos ávidas o groseras.

Saltan apenas los peñaños de una pequeña escala de madera que sirve al vendedor como de muestrario, y aunque tienen integras sus alas y a las veces revelan azoramiento, se puede impunemente colo-

Este no pudo más, y en el paroxismo de la rabia, corrió hacia un *secrétaire*, y de un cajón sacó un revólver.

Debo advertir que la discusión no tenía importancia. A lo que parece, el *otro* le reprochaba interiormente a Gabriel ciertas palabras nada corteses que había dirigido a un individuo antipático. Pero Gabriel, aquel día, estaba más nervioso que de costumbre, y a las primeras réplicas se exaltó.

Ya con el revólver en la mano, volvió de nuevo al espejo.

«Miserable—dijo—al sosias—, ya no puedo soportarte. Me estás amargando la vida. Eres un canalla, un... *otro*, un... *otro*... ¡Vas a ver!»

Al *vas a ver*, el del espejo se encogió de hombros (así lo creemos cuando menos pues no tenemos más indicios de lo que debió de acontecer); y Gabriel, ciego de ira, le apuntó a la cabeza y disparó.

Al oír la detonación, la servidumbre, ya inquieta por la extraordinaria violencia de los gritos, se precipitó en la pieza y se quedó consternada.

El espejo había sido estrellado por el proyectil, y Gabriel yacía exánime a los pies del cristal, con un balazo en la frente.

carlos en cualquier parte, con la seguridad de que no han de escapar.

Esto nos sorprende y cautiva en extremo a los niños y hasta a los grandes, que se preguntan como es posible domesticar de tal manera a avejillas tan huranías y medrosas de suyo.

La respuesta es muy fácil. No se las ha domesticado: se ha recurrido a un procedimiento más efectivo y sumario: introducirles en el intestino una posta o balita de plomo, de tales dimensiones que